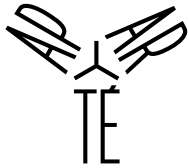


BACH · HANDEL

AN IMAGINARY MEETING
LINA TUR BONET · DANI ESPASA





Comunidad de Madrid

Enregistré par Little Tribeca du 29 avril au 1 mai 2019 à L'Auditori Josep Carreras (Vila-seca, Espagne)

Direction artistique, prise de son, montage et mastering : Florent Ollivier

Instruments : Lina Tur Bonet joue un violon Dom Nicolo Amati (Bologna, ca.1740) et un archet René Groppe

Dani Espasa joue un clavecin franco-flamand fabriqué par Marc Ducornet (Paris, 2003), d'après Ruckers (Anvers, 1646) refait à 2 claviers par Pascal Taskin.

Traductions française et anglaise de Tiam Goudarzi

Photos © Michal Novak

Graphisme par 440.media

Remerciements : Ramón Andrés, L'Auditori Josep Carreras de Vila-seca

AP219 Little Tribeca ® & © 2019 [LC] 83780

1 rue Paul Bert, 93500 Pantin, France

apartemusic.com



BACH · HANDEL

AN IMAGINARY MEETING

LINA TUR BONET violin
DANI ESPASA harpsichord

- | | | | |
|----------------------------------|------|----------------------------------|------|
| 1-4. Johann Sebastian Bach | | 13-16. Georg Friedrich Händel | |
| Sonata no.4 in C minor, BWV 1017 | | Sonata in D minor, HWV 359a | |
| I. Largo | 4'22 | I. Grave | 2'25 |
| II. Allegro | 4'30 | II. Allegro | 1'44 |
| III. Adagio | 3'28 | III. Adagio | 1'11 |
| IV. Allegro | 4'42 | IV. Allegro | 2'44 |
| 5-8. Georg Friedrich Händel | | 17-21. Johann Sebastian Bach | |
| Sonata in D major, HWV 371 | | Sonata no.6 in G major, BWV 1019 | |
| I. Affettuoso | 3'47 | I. Allegro | 3'33 |
| II. Allegro | 2'41 | II. Largo | 1'40 |
| III. Larghetto | 2'54 | III. Allegro | 4'45 |
| IV. Allegro | 3'42 | IV. Adagio | 3'43 |
| | | V. Allegro | 3'35 |
| 9-12. Johann Sebastian Bach | | | |
| Sonata no.5 in F minor, BWV 1018 | | | |
| I. Largo | 7'43 | | |
| II. Allegro | 4'37 | | |
| III. Adagio | 3'16 | | |
| IV. Vivace | 2'36 | | |



A cada giro el mundo abre caminos, que es tanto como decir que obra destinos. Es uno de sus cometidos: crear anhelos, provocar búsquedas, legitimar intenciones. Lo humano es una herencia de este devenir sometido al azar. Se nace siempre en pos de algo. Es lo que nos define y, también, lo que nos hace trágicos. Los tiempos, sus acontecimientos, sus ranuras, son los que gobiernan, los que imponen. Lo que podría ser lineal a menudo es vencido por aquello que es sinuoso. No es una manera de hablar, sino un modo de reconocer que somos una metáfora de nuestra voluntad, un peldaño de no se sabe qué escalera. Que Johann Sebastian Bach y Georg Friedrich Händel no llegaran a conocerse personalmente forma parte de esta continua bifurcación que define el curso de las vidas, su imposible predicción. Nunca los acogió una mesa; nunca una silla frente otra en el salón para conversar; jamás se trenzó el humo de sus pipas. Y sin embargo, en el caso de estos maestros, todo parecía propicio para que se diera un encuentro que Stefan Zweig no habría dudado en calificar de momento estelar de la humanidad. Pero no ha habido ni habrá momentos estelares que nos impliquen como especie.

Ambos compositores nacieron a poco más de tres jornadas de distancia, que son las que mediaban entre Eisenach y Halle, cuna de Händel. Apenas doscientos kilómetros. Vinieron al mundo el mismo año, 1685, y este acontecimiento únicamente estuvo separado por un mes. Friedrich nació un 23 de febrero; Johann Sebastian, el 21 de marzo. No les unía sólo una cercanía geográfica y cronológica, sino también, y acaso más determinante, la pertenencia a una época crepuscular, a un tiempo que, no de manera lenta, aspirará a los ideales ilustrados y al afianzamiento de aquello que Kant referirá como « el uso público de la razón ». Si los ocasin acostumbra a propiciar desencuentros, se debe a que imprimen en las generaciones un mayor instinto de afirmación, el sentido de una individualidad más cerrada, la necesidad de creer que la elección del propio camino es la acertada y segura.

Aunque la Guerra de los Treinta Años había quedado atrás hacía décadas, en aquel 1685 — y todavía mucho después — los Estados alemanes seguían padeciendo la precariedad, profunda, causada por una contienda que lo devastó todo. Se diría que los territorios germánicos habían quedado sin capacidad de reacción, con un campesinado sumido en una carestía infame y

un tejido de artesanos y funcionarios igualmente precario. El paso de los años apenas si mejoró el escenario del que parecía – y de hecho lo fue – un mundo en extinción, y esta situación atizó la fragua de un resentimiento cuyas consecuencias, eclosionadas mucho después, ya en el siglo XX, serán conocidas de todos.

Mitigar los efectos de este devenir exigía, en lo tocante a la subsistencia, una toma de partido, bien probando fortuna en otros países, cosa que hizo Händel al establecerse primero en Italia y después en Inglaterra; o bien acogerse a una modesta vida funcional a la que Bach se vio abocado. Ciertamente, no era lo mismo ser el hijo único de un cirujano de fama, como fue el caso del músico de Halle, que ser el menor de una familia numerosa mellada por las adversidades y la muerte, una fatalidad que no dejó de acompañar a Bach a lo largo de su existencia.

No se trata de establecer la narración de unas *vidas paralelas*, pero cuando Händel llegó a Italia en 1706, y sus viajes entre Roma y Nápoles fueron asiduos, acostumbrado a las amplias salas ornamentadas de tapices y a frecuentar la amistad de ilustres como Arcangelo Corelli y los dos Scarlatti, Bach aún no había confirmado su plaza de organista en la Blasiuskirche de

Mühlhausen, una población que por entonces no superaba los seis mil habitantes. En esos años, la vida del futuro autor de la *Ofrenda musical* consistió en formalizar su matrimonio con María Bárbara y en convertirse en un padre de familia. Es cierto que en 1708 se le nombró músico de cámara y organista de los duques Wilhelm Ernst y Ernst August en Weimar, pero en esos momentos Händel ya tenía la vista puesta en los escenarios operísticos y el deseo de embarcar hacia Inglaterra, lo que cumplió, aunque primero de manera provisional, en 1710.

Mientras la existencia de Bach transcurría entre silenciosos copistas, registros de órgano y una cada vez más ajetreada vida doméstica, rodeado de un exterior propio de los cuadros de Johann Christian Vollerdt, el nombre de su coetáneo empezaba a celebrarse en los círculos musicales de Europa. El postergado Wilhelm Dilthey dejó escrito en *Von deutscher Dichtung und Musik* que Händel formó parte de esa pléthora de alemanes con la suficiente energía « para sojuzgar el mundo », y que no le bastaron, en palabras suyas, « los sufrimientos ni los goces de la vida privada ». Y así fue.

Sería vano creer, sin embargo, que el espíritu de Bach dejó oscurecerse por un cielo de

provincia, y pensar que había algo de convencional en él. Pero cabe reconocer que, sujeto como estaba a las obligaciones, su capacidad de movimiento era restringida. Es razonable que Bach, poco hecho, además, a los viajes, deseara conocer a una figura aclamada y acostumbrada a las distinciones. Comoquiera que, estando ya en Cöthen, llegó sus oídos la presencia circunstancial de Händel en Halle, no dudó en subirse a un *fuhrwerk* e ir a su encuentro. Fue demasiado tarde. Allí, en la ciudad de las salinas, se le anunció que había partido el día anterior, camino de Dresde. Lo imaginamos con la misma desilusión que sintió Charles Burney cuando se dirigió a Padua con la feliz idea de conocer a Giuseppe Tartini. Éste había fallecido hacía unos pocos días, y el organista y viajero inglés debió conformarse con los testimonios de sus discípulos, que le aseguraban que el violinista, ya muy anciano, y pese a la artrosis de sus manos, seguía tocando con excelencia.

Como es lógico, el renombre de Händel estaba acorde con la intensa difusión de sus partituras, lo cual permitió a Bach tener un conocimiento detallado de la música de su compatriota. No le defraudó, y ello ayudó sin duda a mantener la admiración y el interés en dialogar con un maestro como él. Después de

diez años, ahora en 1729, una nueva visita de Händel a su ciudad natal determinó a Bach, que había caído enfermo, enviar allí a su hijo Wilhelm Friedemann con el objeto de formalizar un encuentro entre ambos. No hubo respuesta. Por entonces, Bach, afincado en Leipzig desde hacía más de un lustro, había compuesto una música instrumental propia de una mente tan escogida como genial, un número inverosímil de cantatas maestras y las dos versiones de las *Pasiones* de san Juan (BWV 245) y san Mateo (BWV 244), respectivamente. El hecho de que muy pocas de sus obras hubieran conocido la imprenta, lleva a pensar que Händel desconocía la magnitud del arte bachiano.

Las sonatas para violín reunidas en esta grabación son las encargadas de protagonizar el encuentro que nunca tuvo lugar. Las que compusiera Bach (BWV 1017/BWV 1018/BWV 1019) pueden fecharse entre 1723 y 1725, coincidiendo con el período final de su estancia en Cöthen y su llegada a Leipzig. Las händelianas, por el contrario, pertenecen a momentos bien distintos: fue hacia 1724 cuando dio cuerpo a la *Sonata para violín* HWV 359a, en tanto que la catalogada como HWV 371 se estima que fue escrita en 1749, o acaso el siguiente año, precisamente el de la muerte de Bach.

El presente CD, y no en un sentido figurado, puede considerarse una reparación, por así decir, una legítima ilusión ofrecida al oyente que desee evocar y especular con el fruto de aquella reunión, que, de culminarse, habría tenido efecto en tiempo estival, con cerveza y tabaco, y un fondo de voces que llegan desde la cocina. Cenarán juntos.

Ramón Andrés

Sonata 6

Alloro

Johann Sebastian Bach, manuscrit du premier mouvement de la Sonate n° 6 en sol majeur, BWV 1019

Johann Sebastian Bach, manuscript of the first movement of the Sonata no.6 in G major, BWV 1019

© Staatsbibliothek zu Berlin

À chaque tournant, le monde ouvre de nouveaux chemins, forge de nouvelles destinées. Voilà l'une de ses missions : créer des aspirations, provoquer de nouvelles quêtes, légitimer des intentions. La condition humaine est le fruit de ce devenir soumis au hasard. Nous naissons toujours à la recherche de quelque chose. Voilà ce qui nous définit et ce qui nous rend tragiques. L'époque, ses événements et ses accidents gouvernent et imposent les destinées. Ce qui pourrait être linéaire est souvent vaincu par le sinueux. Il ne s'agit pas là d'un simple effet de style mais également d'une façon de reconnaître que nous sommes une métaphore de notre propre volonté, une marche sur un escalier que nous ignorons. Le fait que Johann Sebastian Bach et Georg Friedrich Händel ne se soient jamais connus personnellement fait partie de ces bifurcations imprévisibles qui définissent le cours de la vie. Ils n'ont jamais partagé une même table, ne se sont jamais assis face à face dans un salon pour converser, n'ont jamais entremêlé la fumée de leurs pipes. Toutes les circonstances indiquaient pourtant la possibilité d'une rencontre entre ces deux maîtres, une rencontre que Stefan Zweig n'aurait sans doute pas hésité à ranger parmi ses *très riches heures de l'humanité*. Mais cette heure étoilée n'a pas été donnée à l'humanité, et ne se donnera jamais plus.

Nos deux compositeurs sont nés à un peu plus de trois jours de distance, à Eisenach pour Bach, à Halle pour Händel. À peine deux cents kilomètres. Ils vinrent au monde en 1685 et ce jour ne fut séparé que d'un mois. Georg Friedrich est né un 23 février ; Johann Sebastian, un 21 mars. Ils n'étaient pas seulement unis par la proximité géographique et historique, mais également, de manière autrement plus décisive, par leur appartenance à une fin de siècle qui aspirera rapidement aux idéaux des Lumières et à la consolidation de ce que Kant appellera l'« usage public de la raison ». Si les fins de siècle ont tendance à créer des rendez-vous manqués, c'est précisément parce qu'elles impriment dans les générations un profond sentiment d'affirmation, une plus grande individualité, la nécessité de croire que le chemin choisi est la voie juste et sûre.

Même si la guerre de Trente Ans avait pris fin depuis plusieurs décennies déjà, en 1685, les États allemands souffraient, et souffriraient encore longtemps, d'une grande précarité, résultat d'un conflit qui avait tout détruit. Les territoires germaniques n'avaient plus aucune capacité de réaction, la paysannerie était plongée dans une famine tristement célèbre et les corporations d'artisans et de fonction-

naires étaient tout aussi paupérisés. Le cours des années n'améliorera guère l'état d'un monde qui semblait en voie de disparition – et qui finira bel et bien par disparaître – et cette situation alimentera un ressentiment dont les conséquences se manifesteront bien plus tard, au xx^e siècle.

En termes de subsistance matérielle, deux voies s'offraient pour atténuer les effets de cette évolution : tenter sa fortune à l'étranger, ce que fit Händel en s'installant d'abord en Italie, puis en Angleterre ; ou mener une vie de modeste fonctionnaire, comme Bach. Certes, ce n'est pas la même chose de naître enfant unique d'un chirurgien de renom, dans le cas du musicien de Halle, que cadet d'une famille nombreuse, éprouvée par l'adversité et la mort – une ombre qui planera sans cesse sur l'existence de Bach.

Il ne s'agit pas de dresser des *vies parallèles* mais lorsque Händel arriva en Italie en 1706, avec des voyages assidus entre Rome et Naples, habitué des salons prestigieux décorés de tapisseries, côtoyant des personnalités aussi illustres qu'Arcangelo Corelli ou les Scarlatti, Bach n'avait pas encore confirmé sa position d'organiste à la Blasiuskirche de Mühlhausen, dont la population atteignait à peine six mille habitants. Le futur

auteur de l'*Offrande Musicale* s'affairait alors à formaliser son mariage avec Maria Barbara et à devenir père de famille. Il est vrai qu'en 1708, il fut nommé musicien de chambre et organiste des ducs Wilhelm Ernst et Ernst August à Weimar mais à la même époque, Händel se tournait déjà vers l'opéra et rêvait de s'établir en Angleterre, projet qu'il réalisa, quoique provisoirement, en 1710.

Tandis que l'existence de Bach se partageait entre la copie silencieuse, les registres d'orgue et une vie domestique de plus en plus absorbante, dans un cadre digne des peintures de Johann Christian Vollerdt, le nom de son contemporain commençait à être célébré dans tous les cercles musicaux d'Europe. Wilhelm Dilthey a reporté dans son *Von deutscher Dichtung und Musik* que Händel faisait partie de cette pléthore d'Allemands avec assez d'énergie pour « subjugué le monde » et que, selon ses mots, il n'eut pas assez « des souffrances et des joies de la vie personnelle ». Et il en fut ainsi.

Toutefois, il serait absurde de penser que l'esprit de Bach était obscurci par un ciel de province ou que sa personnalité était conventionnelle. Il faut reconnaître, cependant, que ses obligations quotidiennes limitaient sa capacité de

mouvement. Peu habitué aux voyages, il semble tout naturel que Bach ait voulu rencontrer une figure aussi acclamée et habituée des distinctions que Händel. Ainsi, lorsque la nouvelle de son passage à Halle parvint aux oreilles de Bach, ce dernier n'hésita pas un instant à grimper dans un *Fuhrwerk* depuis Köthen pour aller à sa rencontre. Trop tard. Dans la ville des salines, on lui annonça que le Saxon était reparti en direction de Dresde. Nous l'imaginons alors avec la même déception que Charles Burney a dû ressentir lorsqu'il se dirigea avec enthousiasme vers Padoue pour y rencontrer Giuseppe Tartini. Ce dernier était mort quelques jours avant son arrivée et l'organiste et voyageur anglais dû se contenter du témoignage de ses disciples, qui l'assuraient que le violoniste, pourtant très âgé et souffrant d'arthrose, continuait à jouer avec excellence jusqu'à ses derniers jours.

Naturellement, la popularité de Händel allant de pair avec la diffusion des partitions de ses œuvres, Bach put acquérir une connaissance précise de la musique de son compatriote. Il n'a certainement pas été déçu, ce qui a contribué à nourrir son admiration et son intérêt à engager la conversation avec un tel maître. Dix ans plus tard, en 1729, une nouvelle visite de Händel dans sa ville natale permit à un Bach tombé

malade d'envoyer son fils Wilhelm Friedemann organiser une rencontre. Il ne reçut jamais de réponse. À cette époque, Bach, installé à Leipzig depuis plus de cinq ans, avait composé de la musique instrumentale caractéristique de son esprit unique et génial, un nombre incalculable de cantates, ainsi que deux *Passions*, la saint Jean (BWV 245) et la saint Matthieu (BWV 244), respectivement. Le fait que très peu de ses œuvres étaient imprimées à l'époque laisse penser que Händel ne connaissait vraisemblablement pas l'ampleur de l'art de Bach

Les sonates pour violon rassemblées dans cet enregistrement sont les protagonistes d'une réunion qui n'eut jamais lieu. Celles composées par Bach (BWV 1017, BWV 1018, BWV 1019) peuvent être datées entre 1723 et 1725, ce qui correspond aux dernières années de son séjour à Köthen et son arrivée à Leipzig. Les sonates de Händel appartiennent quant à elles à des périodes très différentes : la Sonate pour violon HWV 359a a pris forme en 1724 tandis que celle cataloguée HWV 371 a sans doute été composée en 1749, peut-être même l'année suivante, précisément celle de la mort de Bach.

Cet enregistrement peut être considéré – pas uniquement au sens propre – comme une

réparation. Pour ainsi dire, une illusion légitime offerte à l'auditeur qui souhaiterait imaginer et spéculer sur le fruit d'une réunion, qui, si elle avait eu lieu, se serait déroulée par une belle journée d'été, avec de la bière et du tabac, un fond de voix émanant de la cuisine. Ils dîneront ensemble.

Ramón Andrés



At every turn the world opens new paths and, as such, creates new destinies. It is one of its missions: to create aspirations, to ignite quests and to legitimize intentions. The human condition is a relic of this randomness. We are always born in pursuit of something. It is what defines us but also what makes us tragic. The times, their events and grooves, are what govern us, what command. What could be linear is usually overtaken by a winding path. This is no mere figure of speech: it is a way to recognize that we are a metaphor of our wills, a step on an unknown staircase. That Johann Sebastian Bach and Georg Friedrich Händel never met one another personally is part of this ongoing bifurcation that defines the course of lives – its hopeless prophecy. They never shared a table; they never sat on opposite chairs in a parlor, chatting; the smoke from their pipes never interlaced. Despite this, all signs pointed to these masters meeting – a meeting which Stefan Zweig would have undoubtedly dubbed one of humanity's most stellar moments. But there was not, and there will never be, this stellar moment for humanity.

The composers were born in the cities of Eisenach for Bach and Halle for Handel, only a three days' distance from the other. Barely

two hundred kilometers. They were born in the same year, 1685, with only a month between births. Georg Friedrich was born on February 23rd; Johann Sebastian on March 21st. It wasn't only time and geography that connected them, but also, and maybe even more importantly, the relevance of the twilight of an era. A time which rapidly aspired to the Enlightenment ideals and the growth of that which Kant referred to as "the public use of reason". The end of eras usually brings about disagreements, since a greater sense of affirmation is impressed upon the generations, a sense of a more self-enclosed individuality, and the need to believe that the path you choose to follow is the right and safe one.

Even though the Thirty Years' War had passed many decades before, in this 1685 – and still much later – the German states suffered from a profound fragility caused by a conflict that had devastated everything. It seemed like the Germanic territories were no longer able to react: peasants were dying from a vile famine and the fabric of craftsmen and public servants was equally precarious. The passing of time did little to improve the scene from looking like – and really, it was – a dying world. This situation provoked the forging of a bitterness whose

consequences, which materialized much later in the 20th century, would be known by all.

Mitigating the effects of this evolution, as concerns one's livelihood, required people to take sides: either trying their luck in other countries, which is exactly what Handel did when he settled in Italy and then England; or choosing a modest working life like Bach was compelled to do. It was certainly not the same thing to be the only child of a renowned surgeon, as was the case for the Halle-born musician, than being the youngest child in a large family etched with hardships and death, a misfortune that stayed with Bach throughout his whole life.

This isn't about telling the story of *parallel lives*, but when Handel arrived in Italy in 1706, and his travels between Rome and Naples became frequent, used to spacious halls awash with tapestry and visiting with his distinguished friends like Arcangelo Corelli and the two Scarlattis, Bach still had not claimed his position as organist in the Blasiuskirche in Mühlhausen, a town which then had fewer than six thousand inhabitants. In those years, the life of the future composer of *The Musical Offering* consisted in formalizing his marriage with Maria Barbara and becoming father of a family. It is true that

in 1708 he was appointed chamber musician and organist for the dukes Wilhelm Ernst and Ernst August in Weimar. But at that time Handel already had his eyes on opera stages and ideas of moving to England, which he did, even if provisionally at first, in 1710.

While Bach's existence evolved between silent copying, organ registrations and an increasingly hectic domestic life, surrounded by an exterior that could have come from the paintings of Johann Christian Vollerdt, his counterpart began rising to fame in Europe's musical circles. Wilhelm Dilthey wrote in *Von deutscher Dichtung und Musik* that Handel was part of that plethora of Germans with enough energy to "take over the world", and that, in his words, "neither the pains nor the pleasures of personal life" were enough for him. And so it was.

However, it would be wrong to believe that the spirit of Bach was darkened by the provincial sky or that there was anything conventional about him. But it should be recognized that his day-to-day obligations restricted his capacity for movement. Bach, not being well-traveled, likely wanted to meet an acclaimed figure, someone who was used to receiving awards. When he heard of Handel's circumstantial presence in

Halle, he was already in Köthen, so he jumped on a *Fuhrwerk* to go meet him. It was too late. There, in the city of saltworks, he was told that Handel had left the day prior to Dresden. We can imagine that he felt the same disappointment as Charles Burney felt when he went to Padua with the hopes of meeting Giuseppe Tartini. He missed him by a couple of days, and the English organist and traveler had to settle for the accounts of his disciples, who assured him that the violinist, despite his old age and arthritis in his hands, continued playing magnificently.

Handel's fame naturally led to the wide distribution of his scores, which allowed Bach an in-depth knowledge of his compatriot's music. He was not disillusioned. Indeed, this knowledge boosted his admiration and his interest in speaking with a master such as Handel. Ten years later, now in 1729, Handel's return to the town of his birth convinced Bach, who had fallen ill, to send his son Wilhelm Friedemann to try to set up a meeting between them. There was no response. At the time, Bach, having lived in Leipzig for over five years, had composed instrumental music characteristic of his unique and brilliant mind, an incredible number of masterful cantatas, and the two versions of his *Passions*, the St. John (BWV 245) and St. Matthew (BWV

244), respectively. The fact that few of his works had been printed suggests that Handel did not know the magnitude of Bach's art.

The violin sonatas brought together in this recording are assigned the task of being the protagonists of the meeting that never took place. Those composed by Bach (BWV 1017/BWV 1018/BWV 1019) can be dated between 1723 and 1725, coinciding with the final leg of his stay in Köthen and his arrival in Leipzig. The Handel sonatas, however, belong to very different points in time: it was around 1724 when he gave shape to the Sonata for violin HWV 359a, while the sonata catalogued as HWV 371 is estimated to have been written in 1749 or maybe the following year: precisely the year of Bach's death.

This CD, and not in a figurative sense, can be considered a form of redress, as it were, a legitimate illusion offered to the listener who wants to evoke and to speculate on what could have been the result of this meeting, which, if it had happened, would have taken place on a summer day, with beer and tobacco, and a backdrop of voices from the kitchen. They will dine together.

Ramón Andrés



linaturbonet.com

daniespasa.com

Also available - Également disponible



apartemusic.com